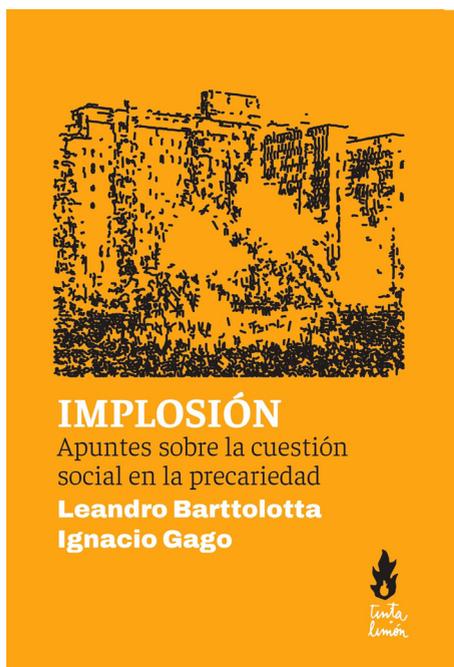


## Política de la precariedad

JULIÁN FERREYRA

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS – UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES – ARGENTINA)



Reseña de Barttolotta, Leandro y Gago, Ignacio, *Implosión, apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2023, 116 pp.

Recibida el 15 de junio de 2024 –  
Aceptada el 28 de agosto de 2024

No se viene el estallido; estamos todos en implosionar. Tal es la tesis que Barttolotta y Gago, dos de los integrantes del Colectivo Juguetes Perdidos, sostienen en su último libro, *Implosión, apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*. Si el estallido finalmente viene (y puede venir, como vino, y ellos lo tienen bien presente, en 2001), no por ello la tesis será falsada. No se trata para los autores de negar que el ajuste creciente, la crueldad y el cinismo pueden hacer estallar a las masas oprimidas. La implosión no anula la explosión, sino que es su “doble fantasma”: “Un estallido puede cargar con su doble fantasma, con su gemelo siniestro; la dimensión de la implosión (como aquel 2001 oscuro que implosionó barrios, familias, cuerpos adentro y que no se pensó en profundidad)” (pp. 29-30). En lugar de estallar *hacia afuera* y pasar al acto, la implosión nos va horadando hacia adentro, filtrándose en nuestros cuerpos, cansándonos, vaciándonos, desorientándonos. Desde ese lugar fantasmagórico, ha logrado convertirse en la lógica imperante que da sentido al devenir de la realidad que nos es contemporánea. Se trata de hacerlo visible. De *pensarlo en profundidad*. Para ello, es necesario poner en relieve (“mapear”) la lógica de la *precariedad*: la precariedad de la época va mellando nuestro interior, empapándonos de cansancio, azotando nuestros cuerpos. Ocurre que el concepto de “implosión”, que da título al libro y es su eje central, se vincula explícitamente con el de “precariedad” que aparece en el subtítulo, y que fue uno de los grandes conceptos que habían introducido los Juguetes Perdidos como clave de lectura de nuestra época: “lo social implosionado es la forma que reviste el lazo social en la precariedad” (p. 31).

La combinación de precariedad e implosión resulta por momentos demasiado para la

afectividad política del lector. Se desprende de ello un vaho nihilista, acorde con los aires de los tiempos. En las primeras páginas (los primeros “axiomas” con los que arranca el libro, esas “proposiciones que cualquier forma de vida contemporánea conoce, siente, vive de manera clara –y trágica–”, p. 16) el libro parece presentar un carácter apolítico, que podría haberlo incluido en toda una línea de filosofía política del desencanto, en una estética de la impotencia, en un refugio en las pequeñas máquinas de guerra privadas. Afortunadamente, poco a poco vamos descubriendo que la apuesta es la opuesta: construir una política de la precariedad. “Hay *política* en la precariedad, por supuesto (no es tierra arrasada, ni fin de la historia)” (p. 46). Ocurre que aparece como tarea. La explosión es inmediatamente política (“el estallido abre algún tipo de escenario Político”), mientras la implosión “tiende a cerrarlo [al escenario político]” (p. 18). Pero esa tendencia puede ser revertida: “pensar de manera profundamente política todo lo que no suele entenderse como portador de una pulsión política” (p. 19).

El camino es arduo, y los nauseabundos aires de la época ahogan por momentos los fulgores de una construcción precaria de vidas e instituciones. Es el mapeo necesario, descarnado, de la realidad que nos es contemporánea. Hay que escuchar los murmullos de las vidas devastadas, aunque duela. Hay que sentirlos retumbar en nuestra propia precariedad, en el abismo que nos amenaza a todos (aunque no de la misma manera, como veremos). La precariedad es un drama constante: “inseguridad, violencias difusas, tragedias económicas familiares, trastornos de salud mental y enfermedades crónicas en cuerpos cada vez más ajustados y endeudados, consumos problemáticos de nuevas y malas

drogas, intentos de suicidios, etc.” (p. 84). La implosión se va cargando en nuestros cuerpos, y las energías se consumen en la odisea de llegar al final de cada día. La lucha es “por sobrevivir, por hacer pie, por cuidar lo poco que se tiene, por mantener umbrales vivibles en medio del desborde [...] alcanzar, más o menos enteros, el final del día” (p. 35).

En ese contexto, aparece una perspectiva distinta del rol de las drogas en las vidas precarias: “Vidas populares a todo ritmo: manteniendo trabajos precarios y viajes de mierda, rejuntos familiares, barrios llenos de puntas y un consumo de sustancias que es ambivalente: sirve para *interrumpir* ese enloquecedor y desgastante *continuum* vital (irse de gira para cortar) y sirve para *sostenerse* en ese enloquecedor y desgastante *continuum* vital (la droga como combustible para soportar la gira existencial: laboral, social, familiar, etc.). Suele escucharse en boca de familiares: «Era bueno, pero se drogaba». Es que también se drogaba para poder ser bueno. Es que la bondad no es sólo moral y necesita ayuda artificial” (pp. 110-111). Ser bueno es un privilegio en medio de las existencias precarias y el azote de la vida mula.

La implosión es cuestión de cuerpos. “Se cargan de energías difusas, inéditas, opacas y cansan; las tiene que sostener el cuerpo y las vidas que las habitan con la precariedad de fondo” (p. 17). Se trata, por lo tanto, de lo que *puede un cuerpo* (que, se sabe, nunca se sabe). “En lo social implosionado el cuerpo no para nunca [...]. Un *aceleracionismo* precario que no es punta de lanza de nada. Solo gestión enloquecedora para sostenerse en la porción de precariedad que se habita” (pp. 31-32). Es difícil en medio de ese *aceleracionismo* desarrollar la sabiduría práctica sobre lo que puede nuestro

cuerpo, y sobre aquello que lo potencia y lo hace *poder más*. Y sin embargo es la tarea necesaria.

La *implosión* remite, al menos en mi lectura, al concepto de *implicación* forjado por Gilles Deleuze (y que es una de las referencias teóricas de los autores del libro, tanto aquí como en sus publicaciones como parte del Colectivo Juguetes Perdidos –remito para un análisis de ese entramado conceptual a la reseña que hicimos con Rafael Mc Namara en el número 13 de *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*–). La *implicación* es el modo de existir de las intensidades: plegadas (sobre la ontología deleuziana, remito a Soich, Matías y Ferreyra, Julián [eds.], *Introducción en Diferencia y repetición*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2020). La *implosión* tiene una dimensión ontológica además de práctica. Es un proceso individual (un proceso en el interior de cada cuerpo) y social (un modo colectivo de cargar con el ajuste y vincularnos con los otros) pero también es la forma más general de la individuación ontológica. Cada ser existe plegándose (desde el embrión que se va plegando para diferenciar órganos y partes, hasta las profundidades de la tierra con sus estratos). Por lo tanto, no se trata de *juzgar* la implosión, sino de captar su funcionamiento. *Vivimos en los pliegues*, y la vida y la muerte se juegan en los pliegues con los que nos envolvemos. A veces es cuestión de deshacerlos, porque nos asfixian. A veces es cuestión de rodearse de pliegues, para construir una tierra habitable (“lo cual no quiere decir en absoluto vivir protegido, ¿no? Pero en ese momento, puede ser que hayan vencido provisionalmente a la muerte”, Deleuze, Gilles, *La subjetivación, curso sobre Foucault, tomo III*, Buenos Aires, Cactus, 2015, p. 37). No hay recetas

en la precariedad. Pero sí una doble cara de la implosión: como los pliegues, a veces hay que deshacerlos, a veces hay que rodearse de ellos.

La explosión, por su parte, está vinculada con otra dimensión de la ontología deleuziana: la explicación. Pertenece así al reino de lo *extensivo*, de la *mera* empiria. Más previsible, más normal, pero más implacable también. No hay lugar para lo nuevo, no hay lugar para zafar si nos tocó el barro. Más violento, más cruel. No es, sin embargo, sin valor. Somos, después de todo, también seres explicados. El hambre, el frío, el dolor, están en lo extensivo, y también debemos protegernos de ello. Y a veces explotamos. Y finalmente morimos, como todo lo extenso. Pero, nuevamente, lo extensivo es lo dado, tal como está dado, y que no puede ser modificado. Por ello es tan importante la dimensión *intensiva* a la que remite la *implosión*: en los pliegues existe una fuerza creativa que puede irrumpir en lo dado con una *novedad* (que no es necesariamente buena, pero sí puede serlo, es decir, que puede aumentar nuestra capacidad de actuar).

Así como los axiomas con los que arranca *Implosión* son conocidos, sentidos y vividos por *cualquier forma de vida* contemporánea, también la sabiduría práctica que estos implican está presente en todas ellas. Hay una distinción intuitiva entre las extensiones y las intensidades, entre lo que se teje sobre nuestras pieles y lo que se elabora en las profundidades del cuerpo. Hay toda una química de las intensidades en la precariedad: algo te lleva puesto, algo te permite sobrevivir, algo te potencia. Hay una búsqueda de protegerse, de sobrevivir. Rajar o quedarse. Envolverse en los pliegues del *continuum* o bajarse de él. Drogarse o tratar de rescatarse. Quedarse en casa o salir a la calle. Escribir o callar.

Estos gestos, cuando son individuales, tienden a quedar sepultados por las fuerzas oscuras de lo cotidiano (mis pliegues, mis pequeños pliegues privados no son nada frente a los del océano del capitalismo). Por ello es imposible pensar *Implosión* fuera de lo colectivo. Sin embargo, lo social, lo colectivo en sí mismo tampoco alcanza y tampoco da respuesta (vale también para el Estado). Tal como está en marcha, en condiciones del capitalismo y su mercantilización aparentemente triunfadores, lo social es una fuerza que nos debilita y nos somete. Afortunadamente (y de allí, nuevamente, la importancia de la dimensión *intensiva* de la implosión) no estamos librados a lo empírico tal como está dado. Se puede trabajar, elaborar. En grupo. Tal es el sentido de la noción de "rejunte": "los rejuntes son el modo transversal en que se organizan los afectos en la precariedad: afectos laborales, amorosos, amistosos, familiares, barriales [...]. A los rejuntes no los une el amor sino el espanto; o el terror anímico de la precariedad" (p. 28). En el rejunte se puede entrever que la precariedad "no es mera *falta* [...], sino un verdadero campo de juego de lo social" (p. 34).

Pero el *rejunte*, concepto básico de lo colectivo en la constelación de Barttolotta y Gago, es sólo un primer paso, necesario pero insuficiente. Es lo que espontáneamente se arma en el barrio, con la familia, los amigos, los vecinos, *unidos por el espanto*. Podemos, debemos, aspirar a más. La precariedad debe devenir *política*. "Hay *política* en la precariedad, por supuesto (no es tierra arrasada, ni fin de la historia). Pero hay que verla un poco con otros ojos. [...] Pequeñas consistencias armadas para conjurarla [un rejunte cualquiera]" (pp. 46-47). Y debe devenir política porque no hay equidad, tampoco en las posibilidades de rejunte y rescate: "No todos estamos a la

misma distancia de ese abismo, y existe una desigual distribución social, geográfica, etaria y de género de la exposición a la precariedad [...], quizás sea la forma contemporánea de las *luchas de clases*" (p. 34). En esta lucha de clases, nuevamente, las clases privilegiadas tienen siempre las de ganar, los dados están siempre cargados. Por ello hace falta el dispositivo estatal e institucional, para nivelar el juego. Es cierto que el Estado tiende a ser apropiado en favor de las clases dominantes. Es cierto que las instituciones que lo integran están, ellas mismas, implosionadas: "No existe institución que no esté implosionando" (p. 89). Lejos de estar sostenidas por el dispositivo estatal, esas instituciones cargan sobre los cuerpos agotados de sus agentes, multiplicando el problema en lugar de abrir una solución: "Los límites de una institución escolar, hasta dónde llega una escuela, es siempre hasta dónde se puede extender el cuerpo que la sostiene" (pp. 94-95).

La clave para desarmar la madeja está en poner en serie los elementos que aparecen aislados: "Hay que pensar siempre la precariedad desde un *continuum*: instituciones implosionadas, familias implosionadas, trabajos implosionados, barrios implosionados, salitas barriales implosionadas, etc. Si a la precariedad se la piensa desde los continuos vitales, si se piensa en serie a lo social implosionado, la precariedad no aparece como falta, déficit, o sectorizada en demandas puntuales a resolver y gestionar, olvidándose de lo demás. Hay una transversalidad de la implosión" (p. 96). La transversalidad de la implosión pone de manifiesto, en primer lugar, la individuación colectiva que nos constituye (somos parte de una misma estofa plegada); en segundo lugar, que las *luchas* son interseccionales (alianza de los oprimidos); en tercer lugar, que la salida es colectiva *desde la*

*implosión* (un nuevo pliegue que nos permita primero respirar, luego una mejor vida).

Nada de esto puede hacerse en el aire o, peor, "en la cabeza". El punto de partida es la desesperante situación actual, *la sociedad ajustada* y la *gorra coronada* (que dieron título a sendos libros del Colectivo Juguetes Perdidos). A primera vista, todo es peor y el *antes*, aún el precario antes, aparece como *mejor*: "Si antes ciertas intensidades les permitían [a los pibes y pibas] *rajár* y agenciarse de otra manera a la ciudad, a la época, en un contexto como el actual esas intensidades se tornan cada vez más opacas" (p. 100). *Cada vez más opacas las intensidades en el contexto actual*. Desarrollamos sin embargo la frase, busquemos su doble fantasmal optimista, claro, el pequeño rayo de sol. ¿Qué es ese "algo" en el contexto actual que torna opacas las intensidades?

Sin duda se trata de los múltiples factores vinculados con el desarrollo de la precariedad que Gago y Barttolotta aquí, y los Juguetes Perdidos en obras precedentes, no cesan de *mapear*. Pero sin duda también se trata de la gestión gubernamental de la precariedad: el ajuste totalitario. "¿Qué significa, profundamente, el *ajuste* económico? [...] ¿Qué significa el *ajuste* cuando cae sobre una sociedad [...] mutilando hábitos, afectos, expectativas? Cortando las amarras que mantienen a las vidas a flote en la precariedad" (p. 43). Lo que había empezado con la presidencia de Macri perduraba durante la escritura de los textos de *Implosión*, y hoy se ha acelerado con el gobierno de Milei. *Producción organizada de intensidades opacas*, tanto a través de los espacios que se clausuran como de los mensajes que se producen.

¿Cuál es la salida? Tanto Barttolotta y Gago como los Juguetes Perdidos ponen el acento en el *mapeo* y la *cartografía*. En la oreja para los murmullos. En detectar intensidades, implosiones, precariedades. Pero hace falta orientarse en ese mapa. Trabajar.

Alojar. Desarrollar. Elaborar. Mejorar. Con estas herramientas teóricas, podemos pensar en la producción de *intensidades* claras, es decir, armar *en la implosión* pliegues que permitan respirar. Estos se pueden producir por fuera de la política, a través de los ya mencionados *rejuntes*, pero para perdurar deben tomar un carácter político y estatal. Un Estado que tenga oreja para los murmullos y pueda trabajar en la implosión. "Desde hace tiempo creemos que es imprescindible una «inteligencia» de Estado, o más precisamente una «oreja» de Estado, que pueda escuchar más acá de los *rumores* sociales, para sumergirse en la dimensión de los *susurros*. [...] Los *rumores* [...] llegan siempre a los fierros del Estado [...]. Los *susurros*, en cambio, son más difíciles de interpretar" (pp. 73-75).

Cuando Gago y Barttolotta vuelven una y otra vez sobre las "instituciones implosionadas", parece un lúgubre diagnóstico; pero no se trata de ello necesariamente: simplemente, están señalando que ahora las instituciones no sólo se *despliegan* como en la época disciplinaria, sino que trabajan en los pliegues, en ese fondo oscuro que nos sostiene en las existencias precarias que caracterizan nuestra época. "La diferencia está en las redes en las que te resguardarás" (p. 113). En ese terreno, el Estado tiene mucho que dar, principalmente a aquellos que carecen de los recursos económicos para encontrar su propio contrapeso: "una fuerza *saludable* (una intensidad de otro signo) [que] les desprograme el vicio y los desvíe de intensidades mortuorias" (p. 101). Quizás esa sea la tarea política que tenemos por delante: construir intensidades de otro signo que nos desprogramen de las oscuras intensidades con las cuales la sociedad de mercado intenta someternos a fines inhumanos.